

AUGUSTO CÉSAR SANDINO

Conocí personalmente al héroe nicaragüense en mi casa de México, el año de 1929, cuando aceptó la comida íntima que le ofreciera para celebrar sus hazañas, en compañía de algunos amigos míos que le admiraban como yo.

“El general Sandino —me dijo su representante en nuestro país, doctor Pedro José Zepeda— acepta el convite que usted le ofrece, porque está muy agradecido por la hermosa carta que le escribió de París, por conducto de Froylán Turcios.”

Aquella carta, de fecha enero de 1928, escrita y enviada desde París, decía:

“Admirado general:

“Está usted cumpliendo un doble deber: nacional y supranacional; nacional, defendiendo con denuedo la independencia de su patria; supranacional, representando con gallardía la dignidad de nuestra raza, herida por otra que trata de dominar el continente entero.

“Por su valiente actitud merece usted la estimación del mundo, la gratitud de nuestra patria grande y el apoyo de todos los seres que amen la libertad.

“A los hombres se les juzga por sus actos, y los actos de usted son ejemplares: nuestros mentores deberían enseñar a sus alumnos cómo se ama a la patria y cómo se defiende el honor de una nación y de una raza, mostrándoles la conducta edificante del general Sandino.

“Es usted un hombre en el concepto más amplio y noble del vocablo; el hombre que hacía falta a Nicaragua, distinto de los demás y completo en sí mismo. No es usted un rebelde como le llaman los invasores y los traidores; los rebeldes son ellos, rebel-

des a la justicia y al derecho. Usted es un héroe, el héroe de nuestros tiempos, el que debía surgir como un imperativo de nuestra historia.

“En el estado de aislamiento torpe o sumisión forzosa en que vive la mayoría de los gobiernos latinoamericanos, no es posible que usted espere de ellos recuerdos ni alientos. Está usted materialmente solo; pero el espíritu de todos los pueblos hermanos de Nicaragua convive, cree y confía en usted y en sus paladines.

“No deponga sus armas, general Sandino, cumpla al pie de la letra su promesa solemne, la que nos repetimos de boca en boca *con santo orgullo; los apotegmas que como altorrelieves de fuego* surgen de su carta a Froylán Turcios: ‘No depondré mi actitud hasta no arrojar de mi patria a los invasores... Mi aspiración es rechazar con dignidad y altivez toda imposición, en mi país, de los asesinos de pueblos débiles... Nicaragua no debe ser patrimonio de imperialistas y traidores y por ello lucharé mientras palpite mi corazón...’

“Que sus hechos, general, sigan como hasta hoy, los pasos de sus palabras, y habrá usted salvado, por lo menos, el honor de nuestra raza. No olvide ‘que es por el carácter que se obra sobre los hombres’. Las componendas con los interventores a base del sacrificio de la libertad, la hipoteca y aún la venta del territorio patrio, eso se queda para los traidores; el correr a Washington a implorar la misericordia de favores que redundan en beneficios personales y en vergüenza irreparables, eso también se queda para aquéllos. Usted es otra cosa, general; es el representante de la indignación continental levantada en todos los espíritus honestos que contemplan estupefactos la coincidencia del crimen de Nicaragua con la Sexta Conferencia Panamericana, muda ante este hecho. Usted es, empujado en sus reductos, el emblema de la patria que no quier morir, y el acusador implacable de los caínes del panamericanismo.

“En su inmortal empresa de apóstol y soldado, sabemos que es más difícil perseverar que haber iniciado. Por eso, bravío general, le pedimos que no decaiga un instante la fe que lo sostiene y el patriotismo que lo anima, pues quizá los mismos invasores, pasmados de sus nobles ímpetus bélicos, o por presión del mundo entero, o por vergüenza de su culpa, arrien para siempre de Nica-

ragua la bandera intrusa de las barras y las estrellas para dejar en sus manos la de Benjamín Zeledón.

“Ante las decepciones que le causen a usted los egoísmos gubernamentales de afuera y las inverecundias de adentro, yérgase más, que si usted persiste en su arrogancia, los que ahora le contemplan como un iluso, mañana le auxiliarán, le glorificarán. Y sea cada vez más fuerte, superándose a sí mismo, aun en las adversidades, porque tiene usted ante la historia una gran responsabilidad, la responsabilidad de las banderas y de los símbolos.

“Debe usted saber, y deben saberlo sus tropas, que el nombre de Sandino es cada día más popular y loado en todo el mundo, porque todo el mundo se da cuenta de la epopeya realizada por unos cuantos adalides contra la nación más poderosa del orbe. La prensa universal, que comenzó señalándolo como un irresponsable, siguiendo la corriente de cierta prensa de la Unión, ahora lo llama excelso patriota y refiere sus hazañas con creciente interés y con asombro. Con sobrada razón, general, porque usted, con sus treinta y tres años gloriosos, enhiesto en el majestuoso pedestal de sus montañas y desafiando los aeroplanos guerreros del gobierno, no del pueblo de los Estados Unidos, se nos figura un nuevo David derribando con la honda de la libertad al moderno gigante Goliat, de corazón de dólar.

“Su gesto bizarro está provocando dos corrientes: una de profunda simpatía hacia la independencia integral de Nicaragua, y otra de animadversión y desprestigio para los políticos de Washington. Con su resistencia portentosa está usted demostrando a la nación norteamericana y al concierto mundial, que algunos estadistas del Capitolio faltan a la verdad cuando en la Habana nos ofrecen paz y fraternidad, y en Nicaragua sus soldados se manchan con nuestra sangre.

“Si el Sexto Congreso Panamericano y los gobiernos de Iberoamérica, por sórdido egoísmo, no hacen nada en favor de la libertad nicaragüense, sepa usted, general, y no olvide en sus instantes de dolor y peligro, que todos los ciudadanos libres de Latinoamérica, en pie, con solemnidad religiosa, respaldamos a nuestro Leónidas flamante, porque el general Sandino es sangre de nuestra sangre, como Nicaragua es una provincia del estado supernacional de Iberoamérica. Sepa usted que el latigazo que recibe en el rostro la tierra de Rubén Darío, nos hiere a todos los hispanoamericanos

en el alma; y que por eso, en cuantas formas hallemos a mano o pudiera imaginar nuestra fraternidad cordial, estaremos con el ya inmortal Augusto César Sandino y con la santa causa que defiende.

“Tenga presente por último, general, como hecho conformativo, que la juventud que se levanta, es decir, el porvenir, consagra a su nombre una verdadera veneración y se preocupa hondamente por su suerte; lo mismo la generación jocunda de la República Argentina, que colecta fondos para auxiliar al homérico Sandino, que los estudiantes latinoamericanos de París que, en mensaje entusiasta, le envían sus nobles sentimientos de fervorosa adhesión.

“Si su destino fuera morir en la contienda, estamos seguros de que moriría con genio, como los héroes; pero no debe morir así, general Sandino, porque son ciudadanos como usted los que necesita Nicaragua para depurar su historia que otros hijos venales han manchado; y también para demostrar al mundo y a los hombres honrados de los Estados Unidos, que el pueblo nicaragüense es digno de la libertad y la vida que le quieren arrebatar los “republicanos” imperialistas de los Estados Unidos, que han transformado la cruz de Jesucristo en instrumento de odio y de matanza.” *

* * *

Esta carta, que me sirvió de base para invitar a Sandino a concurrir en mi casa, fue la causa, como he dicho, de que Sandino aceptara la comida que le ofreciera.

Al conocer tal aceptación, me pareció pertinente comunicar al doctor Zepeda quiénes eran mis invitados, con el objeto de saber si el general estaría de acuerdo en que nos acompañaran. Ellos fueron, entre otros que recuerdo, los siguientes: el general Cándido Aguilar, ex ministro de Relaciones Exteriores y de don Venustiano Carranza; el norteamericano George Moreno, gerente de la Vacuum Oil Company de México, de la que yo era abogado; el escritor costarricense Vicente Sáenz, subgerente de la misma empresa; el revo-

* Esta carta abierta fue publicada por Turcios en su revista *Ariel*, de Tegucigalpa, Honduras. Antes de mandarla a su destino, la leí a un grupo de estudiantes de la histórica y erguida AGELA (Asociación General de Estudiantes Latinoamericanos), de París; asociación que con tal motivo y a sugestión de Manuel Ugarte y mía, dirigió a Sandino un cablegrama entusiasta, felicitándolo por su heroica actitud y alentándolo a continuar en su lucha gloriosa contra los invasores de su patria.

lucionario e intelectual don Luis Sánchez Pontón y el economista don Antonio Manero. . . Con toda intención advertí al señor doctor Zepeda, que George Moreno, ciudadano norteamericano, era un entusiasta admirador del general Sandino, por sus francas ideas anti-imperialistas que lo hacían un profundo enemigo de la intervención armada de los Estados Unidos en Nicaragua. Tal advertencia tenía por objeto obtener la venia de Sandino para que estuviesen a su lado los citados señores en el homenaje que le ofrecía. Y como el doctor Zepeda me manifestó rotundamente que su mandante no tendría inconveniente sin al contrario, mucho gusto en conocer a mister George Moreno, invité a éste mi dilecto amigo de inmarcesibles recuerdos para mí.

El general Sandino llegó a mi casa de la Calle de Jalapa, acompañado de siete ayudantes, que yo no esperaba; todos bien armados. Entre los compatriotas que más ayudaron a Sandino, es justo mencionar al capitán José Paredes.*

El doctor Zepeda se excusó conmigo de aquella sorpresiva irrupción de valientes revolucionarios; excusa que contesté en los siguientes términos:

“No tenga usted cuidado, doctor; comeremos más y comeremos menos; es decir, comeremos más personas y menos comida”, respuesta que inició el buen humor en la tertulia.

En la mesa del banquete, a la derecha de Sandino, coloqué al norteamericano Moreno, quien desde luego entabló plática, sumamente interesante, con el general, hablándole de Nicaragua, la que conocía palmo a palmo por haber trabajado como minero y en otras actividades en aquel país. La conversación se generalizó entre los comensales, dirigiéndose todos ellos a Sandino para encomiar su valentía, hacerle preguntas de sus proyectos y vaticinarle las más felices victorias. Pero en quien principalmente concentró su atención el general, fue en George Moreno, delicioso conversador, que halagaba el esforzado caudillo con los vívidos relatos que le hiciera de su tierra bienamada y de sus proezas guerreras.

* Este valiente, que había sido herido por “bala expansiva que mutiló horriblemente al joven mexicano”, hizo “cuatro viajes a México en comisiones de Sandino y ha retornado a su lado”, dice Maraboto (*Sandino ante el Coloso, Un Atentado Internacional de los Estados Unidos, La Soberanía Nacional de Centroamérica Enajenada en Tres Millones de Dólares*, por Emigdio E. Maraboto. Veracruz, Ver.)

Ya casi al final de la comida, y queriendo recalcar Moreno sus encomios para el adalid nicaragüense, le dijo, más o menos:

—No crea usted, general, que en mi país todos están en contra suya, sino muy al contrario; tiene usted en los Estados Unidos grandes admiradores que comprenden la nobleza de su causa y la conducta injusta de mi gobierno.

Al oír esto, Sandino se volvió bruscamente para mirar iracundo a su interlocutor, diciéndole:

—¡Cómo! ¿Pues que usted es yanqui?

—Sí, señor, soy ciudadano norteamericano, enemigo del imperialismo de mi patria y admirador de usted.

Entonces Sandino, con un gesto de soberbia y en voz altanera, le contestó:

—Yo no creo en la admiración de usted porque es gringo y todos los gringos son enemigos de la libertad.

Moreno, sorprendido por la agresiva respuesta, a todas luces descomedida e injustísima, le replicó con digno señorío:

—No, señor general, está usted equivocado; no todos los norteamericanos somos enemigos de la libertad de los pueblos independientes, y sí en cambio existen muchos, como yo, que protestan por la intervención de mi país en el suyo, siendo al propio tiempo justificados admiradores de la gallarda defensa de usted en favor de la total independencia de su patria.

Pero Sandino, insistiendo en su convicción y con acento imperioso y altivo, reiteró:

—No creo en sus palabras ni necesito de sus admiraciones que no pueden ser sinceras desde el momento en que pertenece usted a una nación que no está haciendo otra cosa que pisotear la libertad, no sólo de Nicaragua, sino de otras naciones de la América Latina.

Ante tan ruda conducta de mi invitado de honor, que se dejaba llevar de sus sentimientos impulsivos haciendo víctima de ellos a un honorable y queridísimo amigo mío, intervine en la disputa como intervino también Vicente Sáenz, fraternal compañero y subordinado de George Moreno, para defenderlo y abogar por la sinceridad hidalga de su actitud. No obstante lo cual, el general Sandino, poseído de una fobia antiyanqui incontrolable, seguía lanzando inectivas a Moreno y a su patria, motivo por el cual, y para que aquel incidente terminara cuanto antes, me levanté de la

mesa para suplicar a mis invitados pasáramos al salón contiguo a tomar el café.

Sandino, con un gesto sombrío, después de algunos minutos más de conversación anodina, pero demostrando a las claras su irreductible carácter y su odio para los interventores de su república, después de agradecerme la invitación que le hiciera, salió de mi casa, no sin que antes le explicara yo que la presencia de George Moreno obedecía a la aquiescencia que me diera su representante en México, el doctor Zepeda, el cual, apenadísimo por la actitud de su jefe y amigo, me presentó las más rendidas excusas por el impropio proceder de su compatriota.

El general Aguilar hizo el comentario siguiente:

—Qué hombre extraordinario. Lo admiro y lo aplaudo no por sus reproches al señor Moreno, sino por su intransigente patriotismo herido en lo más profundo por los enemigos de su patria.

Vicente Sáenz, avergonzado por la crueldad de aquella escena inolvidable, tranquilizaba a Moreno, suplicándole perdonara los abruptos del bravío guerrillero.

La mayoría de mis invitados desaprobó la actitud inconsulta del héroe inmortal; pero a todos nos hizo la impresión, inclusive a Moreno, que por su excelsa bondad disculpó las impertinencias de su detractor, de que aquel ser excepcional tenía una fuerza telúrica dentro de sí mismo, que salvajemente chocaba contra las reglas más elementales de la cortesía y de la buena crianza.

Como anfitrión y amigo íntimo del caballero sin tacha George Moreno, comprendí su amarga decepción, pero como defensor acérrimo y constante de la libertad de los pueblos irredentos y de sus grandes patricios, me expliqué la indignación del caudillo que, sintiendo en la carne viva de sus entrañas las agresiones extranjeras que estaban matando despiadadamente a sus compatriotas y a la independencia de su tierra y de su raza, llevaba hasta el paroxismo su odio violento que extendía sin razón a todos los norteamericanos...

* * *

Augusto César Sandino se agiganta en la historia porque no sólo es un milite que pelea con su fusil en ristre, sino con su espíritu enfervorecido, que lanza al porvenir apóstrofes lapidarias y

pensamientos sembradores que repetirán los amigos de la libertad:

“El hombre que de su patria no exige un palmo de tierra para su sepultura, merece ser oído, y no sólo ser oído sino también ser creído. Soy nicaragüense y me siento orgulloso de que en mis venas circule más que cualquiera, la sangre india americana, que por atavismo encierra el misterio de ser patriota leal y sincero... Soy plebeyo, dirán los oligarcas o sean las ocas del cenegal. No importa, mi mayor honra es surgir del seno de los oprimidos, que son el alma y el nervio de la raza...”

“...Los grandes dirán que soy muy pequeño para la obra que tengo emprendida, pero mi insignificancia está sobrepujada por la altivez de mi corazón de patriota; y así juro ante la patria y ante la historia, que mi espada defenderá el decoro nacional y que será redención para los oprimidos. Acepto la invitación a la lucha, y yo mismo la provocho, y al reto del invasor cobarde y de los traidores de mi patria, contesto con mi grito de combate; y así mi pecho, y el de mis soldados, formarán murallas donde se lleguen a estrellar las legiones de los enemigos de Nicaragua. Podrá morir el último de mis soldados, que son los soldados de la libertad de Nicaragua, pero antes, más de un batallón de los vuestros, invasor rubio, habrá mordido el polvo de mis agrestes montañas... Quiero convencer a los nicaragüenses fríos, a los centroamericanos indiferentes y a la raza indohispana, que en una estribación de la cordillera andina hay un grupo de patriotas que sabrá luchar y morir como los hombres...”

Si he transcrito numerosas declaraciones, proclamas y cartas de Augusto César Sandino, es porque considero que los documentos auténticos con los que se construye el monumento y se estiliza el perfil de los héroes, tienen más valor, por sí mismo, que los comentarios y adjetivos calificativos con que la crítica los da a conocer ante la historia.

La documentación que hemos expuesto sobre la vida extraordinaria de Sandino, es el mejor pedestal que pudiera tener su personalidad heroica para pasar a la inmortalidad.

Esa vida es ejemplar, por la pureza de sus ideales, por la fortaleza de su carácter, por el arrojo valiente de sus actos y por la probidad cristalina de su espíritu.

En el ambiente cenagoso y venal en que se arrastran algunos políticos de nuestra América irredenta, reñidos con la decencia y

el honor, la figura de Augusto César Sandino brilla como un meteoro y se levanta como un símbolo de la honra, del patriotismo de los pueblos latinoamericanos, para decir a la humanidad que nuestra raza, que ha dado a la historia varones excelsos como los que hemos mencionado en este libro, todavía puede salvarse y asombrar al mundo.

Como colofón de esta semblanza admirativa de Augusto César Sandino, quiero honrar la última página de este mi pequeño libro, con los bellos versos que un ilustre venezolano, Diego Córdoba, poeta, historiador y ensayista, dedicó al héroe epónimo de Nicaragua, cuando tuvo lugar, en la Habana, la Sexta Conferencia Panamericana:

*Libertador inútil; dentro de pocas horas
bajo la metralla de un avión vas a morir,
no del avión de Lindbergh, suscitador de auroras,
porque Lindbergh no tiene su hangar en Wall Street.*

*Tu hazaña no tendrá ni pueblerinos cantores,
ni se oírán el postrer disparo de tu fusil...
Maullarán los nietos de los libertadores,
apenas cuatro gatos después del gran Martí.*

*Unicamente los volcanes y la llanura
de tu patria polúdica admirarán tu jornada,
pues ves: ¡nuestra América en Cuba está de fiesta!*

*Caerás fulminado en el gesto de tu locura,
y será tu sudario tu bandera incendiada...
Y no habrá un solo grito de protesta.
¡Pero tu espíritu lo recogerán
tus abuelos: Bolívar y Morazán!*

(Fragmento tomado de *Paladines de la Libertad*. Populibros de "La Prensa". México, 1958.)